

El rechazo de Dios a la Cruz

José Manuel De Ferari F.

“Sepa, pues, con certeza toda la casa
de Israel que Dios ha constituído Señor y
Cristo a este Jesús a quien ustedes
han crucificado”
(Hech 2,36).

En esta Semana Santa de 1992, el tema teológico del sacrificio y de la muerte de Jesús cobra especial actualidad, ya que se cumplen 500 años desde que se implantara en nuestro continente el holocausto humano más grande de la historia, legitimado en buena parte por la teología cristiana del sacrificio, que inspiraba a los conquistadores y a la Iglesia que los acompañaba.

¿Es verdad tanto dolor? ¿por qué decir que este exterminio lo legitima la teología de los cristianos? si ello es verdad, ¿tiene corrección la teología cristiana que legitima el sacrificio humano?

En las siguientes líneas me propongo señalar pistas que ayuden a reflexionar sobre estas preguntas, partiendo de la convicción de que una gran novedad de la fe cristiana, tal como se descubre hoy en América Latina, es que la resurrección de Jesús es el acto de Dios por el cual desapruueba y actúa contra la muerte de Cristo en la cruz, mostrando que no es un Dios de sacrificios.

500 años de Sacrificios Humanos

La conquista de América por los europeos, que se inicia con el tropiezo fortuito de Colón en una isla caribeña, en 1492, significó la muerte o la opresión para habitantes que poblaban estas tierras desde hace aproximadamente 18 mil años y, en el territorio de Chile, por más de 9 mil.

La conquista tiene su expresión más cruda en la muerte misma de los indígenas. Según datos moderados, antes de la llegada de los europeos, habitaban el conjunto de las tierras de América cerca de 60 millones de personas. En menos de un siglo esta población no llegaba a los 10 millones, lo que significaba el colapso de unos 50 millones de seres humanos. Naturalmente esto tiene causas variadas, algunas de responsabilidad directa de los invasores, como son la guerra y la esclavización, y otras que derivan indirectamente de la presencia del conquistador, como es el contagio de enfermedades, por ejemplo.

Para señalar algunos casos significativos, se calcula que en México, hacia el año 1500, vivía una población de 25 millones de personas, la que hacia 1600 se redujo a un millón. En Perú se estima que la población indígena cayó, en sólo 50 años -entre 1520 y 1570-, de 9 millones a un millón de personas. En el actual territorio chileno, por su parte, vivían a la llegada de los españoles posiblemente un millón y medio de personas, entre los cuales más de un millón pertenecían al pueblo mapuche. Aunque los datos etnográficos de la época son muy inciertos, se puede creer que, en el primer siglo de conquista, la disminución de los indígenas alcanzó al 50%. En Brasil, los pueblos indígenas al tiempo de la invasión portuguesa sumaban de 3 a 5 millones de personas. Hoy no queda más de 200 mil indígenas, en el país que ocupa uno de los territorios más grandes del planeta, según testimonian los propios representantes de esos pueblos. Así se podría seguir dando cifras parciales, que no hacen más que confirmar el dramático dato global.

Pero esta no es la única consecuencia de la invasión. A la muerte se añade "la destrucción de las culturas que por una razón u otra no pudieron presentar resistencia a los invasores, el trabajo forzado y la opresión a la que fueron sometidos los pueblos autóctonos, así como la imposición violenta de estilos de vida que les eran ajenos" (G. Gutiérrez). Este ha sido un flagelo lento y persistente que ha condenado a sus víctimas a una vida agónica.

Más aún, no bastó pasar por sobre los indios para satisfacer la fiebre del oro del conquistador. Sobre todo los portugueses fueron a cazar negros al Africa, para traerlos en jaulas por millones en condición de esclavos, ocupándolos desde Estados Unidos, por el norte, hasta Buenos Aires por el sur. El tráfico de esclavos de Africa para América entre 1500 y 1870, alcanza una cifra que bordea los 10 millones de personas.

Terminada la colonia, cambia el agente opresor, pero quedan siendo condenados a muerte o privados de una vida digna grandes masas indígenas, cuya población supera, en la actualidad, los 70 millones, repartidos en todos los países de América Latina, en gran medida despojados y marginados por la civilización dominante del conquistador. La mayoría, sin embargo, es un contingente de negros, mulatos, mestizos y caboclos que forman la masa de pobres y explotados, extractores y productores de la riqueza sin derecho a uso, que sólo en América Latina y el Caribe suman 185 millones de seres humanos, de los cuales 85 millones viven en la indigencia.

La Iglesia en medio del holocausto humano

De que la Iglesia se vio involucrada en este enorme holocausto no le caben dudas a nadie que estudie la historia con apertura y sentido crítico. Quienes más benévolamente juzgan el período no lo pueden hacer negando ese hecho, sino relevando, entre los eclesiásticos y en las posiciones de la institución, aquéllos que muestran una distancia crítica con las atrocidades de la conquista, o centrándose exclusivamente en la labor “religiosa”, haciendo abstracción de su contexto.

Pero en una mirada global, la Iglesia no se puede desligar del hecho de que su cruz acompañó a la espada del conquistador civil, con una relación política de subordinación de ella al Estado. La expresión jurídica de esa subordinación era el Patronato real, cuya expresión práctica consistía en que nadie podía hacerse cristiano sin hacerse, al mismo tiempo, súbdito de los reyes de los países conquistadores. Por eso, por más que los misioneros y la Iglesia se opusiera a los abusos y excesos, su crítica nunca pudo ir a su raíz, es decir, al sistema aceptado y legitimado de la vinculación entre el anuncio del evangelio y la incorporación al régimen colonial.

Por otra parte, la participación de la Iglesia en la guerra de la conquista, junto al poder europeo, tenía su justificativo en la teología medieval de la cristiandad, que se sustentaba en una comprensión bélica de la religión y de la Iglesia como el ejército de la ciudad de Dios, en la lucha contra el mundo, reino del demonio. Así se entiende que los Papas de la época apoyaran con su autoridad las empresas de conquista bélica, como lo hacía, por ejemplo, Nicolás V en carta dirigida al rey de Portugal: “Nos le otorgamos, por los presentes documentos, con nuestra autoridad apostólica, pleno y libre permiso para invadir, capturar y someter a los sarracenos y paganos y a cualquier otro incrédulo o enemigo de Cristo, donde quiera que sea... y para reducir a esas personas a esclavitud perpétua”

El resultado de esta realidad puede ser visto y juzgado desde distintos ángulos, pero no se puede ignorar el de los vencidos y sacrificados. Para los pueblos indígenas, la colonización es sinónimo de invasión, despojo, abusos y sacrificios, a los cuales asocia la evangelización. Así lo muestran los numerosos testimonios de los pueblos indígenas actuales, que con motivo de los 500 años han gritado su dolor y sus reclamos.

Quizá la más cruda acusación y el más duro rechazo que haya recibido la Iglesia actual, por su complicidad con la conquista, se contiene en la carta que diversas organizaciones indígenas del Perú hicieron llegar a Juan Pablo II, cuando visitó ese país.

Entre otras cosas, dicen: “Nosotros, indios de los Andes y de América, decidimos aprovechar la visita de Juan Pablo II para devolverle la Biblia, porque en cinco siglos no nos ha dado ni amor, ni paz, ni justicia... La Biblia llegó a nosotros como parte del cambio colonial impuesto. Ella fue el arma ideológica de este asalto colonialista. La espada española, que de día atacaba y asesinaba el cuerpo de los indios, de noche se convertía en la cruz que atacaba el alma india”.

Contaminación sacrificial del cristianismo

La última frase de la carta de los indígenas peruanos nos pone ante una pregunta quemante: ¿qué ha pasado que la cruz de Jesús se ha podido usar como un arma contra el alma y el cuerpo humanos?

La respuesta a esta pregunta indudablemente es compleja, porque hay muchos aspectos que podrían señalarse como influyentes en ese hecho. Sin embargo, me parece que hay una razón teológica fundamental para el uso de la cruz como justificador de muertes y tormentos humanos y que, por lo mismo, es de primera importancia corregirla, para que nunca más la religión cristiana se haga cómplice de situaciones semejantes.

Se trata de la explicación burda de la muerte de Jesús en la cruz por la voluntad de Dios, como si Dios hubiera diseñado un plan para que su hijo fuera sacrificado, como la única manera de reconciliar a la humanidad con El. Detrás de ella se encuentra también la imagen de Dios sacrificador.

Esta chocante razón se construye ligada a costumbres y prácticas culturales vigentes en la antigüedad, ante las cuales la novedad del Dios de Jesús no fue capaz de resistir. Al contrario, la fuerza de la cultura dominante termina envolviendo en sus esquemas de pensamiento la comprensión de Dios, así como de la vida y la muerte de Jesús, desvirtuando el sentido del misterio pascual.

a) En primer lugar, se puede señalar la influencia de la *práctica litúrgica-sacrificial ligada a los templos paganos*, que se basaba en la idea de que hay que pagar a los dioses con sacrificios por los daños y faltas cometidos. A partir de esta visión, la muerte de Jesús se entiende como sacrificio expiatorio, el único capaz de pagar a Dios por el daño causado por el pecado original y por las faltas que le siguieron.

b) Otra práctica arraigada en la antigüedad, ligada a la *estructura social de la esclavitud*, era poner precio a los esclavos por su rescate, sea para cambiar de amo o para conseguir la libertad. Con esta mentalidad la muerte de Jesús es interpretada como el precio que pone Dios para liberar al hombre de la esclavitud a Satanás.

c) También la teología cristiana se ve influida por el *orden jurídico romano*, que incorporaba en sus leyes la "satisfacción sustituitiva". Esta consistía en la exigencia de reparar al afectado, de alguna manera equivalente, los daños que se le hicieron. La muerte de Jesús se entiende, a partir de este modelo, como la única satisfacción posible por el daño infinito causado por el pecado en el orden de la creación.

Durante mucho tiempo, la teología se conformó con explicaciones a la muerte de Jesús en la cruz hechas a partir de estos tres modelos, los que fueron utilizados de manera simplista, predominado en la catequesis y en la enseñanza de la Iglesia la idea de que ella era un sacrificio querido por Dios, mandado por El o, por lo menos debido a su requerimiento o necesidad. ¿Qué arma más poderosa se puede tener para justificar atentados contra la vida humana que la monstruosidad teológica de concebir a Dios como sediento de sacrificio?.

Infelizmente hay que reconocer que en la enseñanza del cristianismo traído por los conquistadores, se repitieron conceptos como los de un escrito del padre Luis de Valdivia, traducido a la lengua mapuche quien increpaba a los indios: "Con gran tristeza os arrepentiréis de haber pecado y con todo corazón diréis, pequé, pequé,... merezco ser atormentado por haber enojado a Dios". Aquí se ve aplicada, en el contexto de la misión en Chile, la teología del sacrificio de la cruz que se acaba de explicar. En efecto, el enojo de Dios amerita el tormento del indio. Con razón Fray Bartolomé de las Casas advertía que "Los indios estiman de Dios ser el más cruel y más injusto y sin piedad que hay en los dioses..."

El Dios de Jesús no quiere sacrificios

La dura crítica que propongo a esa teología de la cruz, derivada de los modelos sacrificiales -de la expiación, del rescate o de la satisfacción-, debe confrontarse con la pregunta si estas explicaciones no pertenecen a la verdad revelada en el Nuevo Testamento y al dogma de fe de la Iglesia.

En primer lugar, no se puede desconocer que en el N.T. hay textos que tienen una cierta teología sacrificial de la cruz inspirada en el Antiguo Testamento y particularmente en el "Canto del Servidor Sufriente" de Is. 52,13-53,12. Pueden recordarse, por ejemplo, los anuncios de la pasión, los relatos de la última cena, Hechos 8,26ss, textos de Pablo: Rom 3,25ss; Gal 3,13; 1Cor 15,3; etc. Pero hoy la exégesis y la teología son claras en señalar que su núcleo de verdad revelada no está en el modelo cultural que usan, sino en lo que quieren transmitir, que se podría resumir en la idea de que Dios estuvo presente en toda la vida de Jesús, incluso en su muerte.

Reivindicar el hecho de la muerte de Jesús fue un desafío fundamental para el cristianismo primitivo, que tuvo que enfrentar el desconcierto y desazón de sus seguidores inmediatos -incluyendo a los propios apóstoles- (Lc 24,13ss, Mc 15,50). Además tuvo que salir al paso de una corriente del judaísmo que negaba el mesianismo de Jesús, para lo cual se basaba en el texto de Deuteronomio 21,23 donde está escrito: "Maldito (de Dios) es aquél que pende del madero".

Por eso, los escritos neotestamentarios se ven forzados a buscar argumentos que dieran explicación a algo que estaba en el centro de su fe: que la muerte de Jesús no fue signo de maldición ni del abandono de Dios, sino que tuvo un sentido y hasta un sentido redentor. En este intento es donde se filtran los modelos culturales aludidos, pero no como centro del mensaje, sino como forma. Lo importante era mirar la muerte de Jesús desde Dios, para superar lo que en una mirada mesiánica triunfalista o con criterios de éxito humano era una necedad (ver 1Cor 1,17-18). En todo caso, este tema no puede opacar la importancia que tienen en los evangelios la vida y el anuncio de Jesús, y su resurrección, a partir de los cuales se aclara el trance oscuro de la cruz.

La teología sacrificial de la cruz siguió operando en la antigüedad cristiana, mientras el contexto cultural era receptivo a esa explicación. Pero ese modelo va perdiendo vigencia y en Santo Tomás ya es clara su tendencia a hablar lo menos posible de sacrificio en relación con la muerte de Jesús. Sin embargo, en la teología tradicional ha sido muy influyente la teología de San Anselmo, construida sobre el modelo de la satisfacción. A pesar de todo debe decirse enfáticamente que ninguno de los modelos bosquejados más arriba llegó a ser dogma definido por la Iglesia.

El correctivo para la monstruosidad teológica de concebir un Dios que quiere, gusta o necesita sacrificios, a mi modo de ver, tiene que fundamentarse, en primer término, en la recuperación de la importancia y la densidad histórica de la vida de Jesús, a partir de lo cual se comprenden las razones que causaron su condenación a muerte por las autoridades judías, refrendadas por la autoridad romana.

La nueva exégesis y la búsqueda de las cristologías “desde abajo”, que toman fuerza en la teología actual, están provocando un vuelco fundamental en la interpretación cristiana de la cruz de Jesús. A partir del descubrimiento del contexto histórico en que vive Jesús y de la valoración de su vida humana como el lugar de la revelación de Dios, la teología latinoamericana especialmente insiste en que la práctica de Jesús es el punto de partida de la teología, en cuanto ahí se revela Dios y su proyecto para el hombre. La cruz es un acontecimiento “crucial” en su vida, pero incomprensible desligada del resto. En esta línea, también se ha profundizado en las causas políticas de su asesinato. La cruz, lejos de ser fruto del querer de Dios, es, por el contrario, el resultado del rechazo de los hombres al proyecto de Dios y a su porta-VOZ y realizador: Jesús. Así, aunque la cruz es un tema inevitable en la teología cristiana, se dan las bases para interpretarla en otro modelo liberador.

En segundo lugar, el correctivo debe basarse en una nueva significación de la resurrección de Jesús, la que no puede ser más entendida como el premio de Dios por su muerte obediente, ni como gesto de aceptación y de recompensa por un “sacrificio” agradable a El, sino como la eliminación de la muerte y el rechazo al sacrificio que fue sometido Jesús, sin que él lo buscara ni Dios lo requiriera.

Este simple cambio de interpretación de la razón de la cruz y de la significación de la resurrección puede ser la clave para una profunda conversión cristiana al Dios de los profetas del Antiguo Testamento, para quién el único “sacrificio” agradable es vivir la misericordia y hacer la justicia. Y conversión, sobre todo, al Dios del Nuevo Testamento, conocido por María como el Dios que hace dichosos a los pobres, colmándolos de bienes, y conocido sobre todo por Jesús como el “papito” (abbá), Dios del pan y del vino, contra el hambre; de la alegría, contra el llanto; de la amistad, contra la soledad; de la liberación, contra la opresión, en fin, de la vida en abundancia, contra el sacrificio de la vida.

(De la revista PASTORAL POPULAR, -Argomedo 40 Casilla 390-V, Santiago 21, Chile- Vol. 43 N° 216, marzo 1992. pp. 10-13)

PROYECTO DE LIBERACION

*Cuando nuestro Tata Wiracocha
nos haga volver de la opresión
a la liberación,
cuando recobremos nuestra historia,
creeremos en la reconstrucción
del Tawantinsuyo.*

*Entonces nuestras bocas nuevamente saldrán
a qhachwar a la cima de las montañas,
nuestras lenguas cantarán alabanzas a nuestro
creador.*

*Ese día las demás naciones del mundo
se admirarán de nuestros hechos,
porque estaremos alegres y unidos
como un solo pueblo.
Las naciones se preguntarán por la maravilla
de la resistencia de 500 años,
aquí estamos de pie con nuestra Whipala
¡Oh! Tata Wiracocha, Pachakama,
danos fuerza para luchar por nuestra liberación
que será:
el cambio de la muerte a la vida,
de la oscuridad al amanecer,
de la alienación a la identidad,
de la clandestinidad a la unidad.*

*Liberación que será como agua de lluvia
que riega nuestra Pachamama seca,
que hace brotar y crecer la semilla.*

*Entonces cosecharemos los frutos
de la liberación con alegría,
liberación que fue sembrada con
la sangre de nuestros Mallkus
Jilawiris y Jilakatas.*

*Relectura Andina del Salmo 132. Fruto del II Taller Ecuménico
de Relectura Bíblica. La Paz, Octubre de 1990.*